

Con fusión

POEMAS DE ALFONSO KIJADURÍAS

Con este poemario, nuestro entrañable escritor Alfonso Kijadurías (Quezaltepeque, 1940) ganó el Premio Juan Rulfo que Radio Francia Internacional otorgó este año en la rama de poesía. Publicamos esta selección, enviada por el autor, como un homenaje a su poesía, que tantos horizontes ha abierto en sus lectores.

I

Manchas de ruidos antiguos en los rincones del patio: sombras de
la mentira
tomando la forma de tu cuerpo y su lugar.
Toda palabra quema, cenizas son después, rescoldos de aquel
fuego.
Ruinas del tiempo, escombros, hollín y polvo,
efímera materia de la eternidad.
Pequeña llama inmóvil, rememoración de la desaparición de la
fe en la sorpresa.
Del aire impuro del mundo están hechas las palabras
y toda pregunta es una piedra que se lanza al agua cuyas
ondas alejan la respuesta.
En corregir lo incorregible se te fue la vida, en buscar el error
y al tratar de borrarlo,
volverlo a cometer y la culpa otra vez de provocarlo.
Palabras, resplandores inéditos buscando su sentido
en lo sentido.

En la ventana el rostro de la dulzura pensativa:
una sonrisa ciega, en toda ella las frases y los gestos que nos
son elementales.
La fuerza que guía a la mano en selva oscura, a través de la
página,
hasta encontrar la máxima potencia. El ojo que descubre
lo invisible
mientras crece la historia durante el sueño, la bestia
echada
junto a la ropa triste del amor
consumado.
Todo aquello que amamos y por eso matamos lo más vivo
en nosotros.

II

Afuera, en la palma del día: cabezas de faunos y faunas
de ensortijados rizos,
en la calle; en un zaguán, mujeres y frutas
doradas por el sol
gritos de hombres ceñudos y desconfiados, entre ellos
dos muchachos,
uno que ofrece a las sirenas un vaso de agua dulce, y
otro que inundado de amor,
herido por el rayo agoniza en lo claro, sin miedo ni terror
ante la muerte.
Puro misterio que muere con nosotros sin descifrar
su enigma.
La advertencia en la entrada de la puerta.
Una mujer asoma y nos devuelve la totalidad, la que
subvierte
al ser con su simple presencia.
¿Qué nos queda de ella? Una corriente de agua, un caracol
del enroscado mar de la otra orilla.
Lo gótico sombrío se clava en la retina. La bestia fatigada en la
t.v., su alusivo discurso al libre cambio, con gestos que
recuerdan antiguas pesadillas.
Una vida de sospechas y malentendidos baja el callejón
desierto, a pleno día,

Así quedan los vivos junto al muerto, agobiados por el
 misterio y el miedo,
 por la curiosidad que agota las preguntas.
 ¿Será que ha muerto la necesidad de comenzar a comprender
 desde el principio?
 Un aire irresponsable va llenando el espacio de letras
 y rasguños,
 manchas de un largo pasado y libertad impuesta.
 En los estantes libros comprados en remate, obras
 dispersas, sobras
 de obras en la casa del muerto, los finales dichosos
 de una novela que a solas se pasea
 ostentando fragancias de otro tiempo.
 Un viento claro agita las cortinas, no estás solo, furor,
 pereza, sombras por toda compañía.
 Huyendo sin dejar huella, una serpiente muda su vestido
 joyas, anillos, todos sus símbolos cayendo gota a gota.
 Todo aquello que atenúa la animalidad del rostro.
 El viento claro que aclara los enigmas, el que destruye
 las mentiras,
 las mentiras ubicuas que te hacen callar o hablar a solas,
 las mentiras que actúan sin que nadie las nombre.
 El puro viento impuro
 soplando las cenizas.

III

Te sorprende esta mañana la vejez, egoísta en tu pureza,
 obligado a ser y estar
 a estar de pie en el centro de tu pecho con la boca cerrada
 abierta hoy por ensueño o ansiedad.
 Un hombre no hace nada sino se aniquila a sí mismo
 y vuelve al aire mismo de su honda raíz, a
 la raíz que su nariz defiende con jubilosa audacia,
 al origen donde el mundo es una sílaba que nadie aún
 pronuncia.
 Avanzas evocando y convocando el antiguo ordenamiento,
 lejos del torrente del cinismo cotidiano.

En silencio repasas el nombre de las cosas, las copas
 y las frutas,
 más todo aquello que nos devuelve el tiempo, el excesivo
 imperio, el misterioso agravio,
 el olvido que humilla la tentación de armar una obra maestra y
 su rostro de espanto.
 Alguien en el jardín tan medioevo, crucifica la rosa
 de su razón,
 otro mastica una cereza cuya sangrienta gruta dispersa la
 pasión.
 Lejos de los negocios y la cátedra, del banco y la religión, lejos
 del mundo
 y en el mundo, fiel nada más al temblor de tus manos ociosas,
 miras correr los días como caballos
 que el miedo enloqueciera,
 mientras repites a tientas la misma letanía de quien ha visto
 la desesperación
 cara a cara y ganado con ello su propia salvación.
 Nada somos sino la conciencia que se mantiene de pie
 sobre la grata sensación que llamamos pasado.
 Libertad e inocencia se alzan como vapores al alba,
 ahora que al tiempo como a los muertos le ha crecido las uñas
 y la barba.
 Ahora que regresas a rescatar tu pasado y cumplir
 la promesa
 de escribir la historia de tu viaje,
 sabiendo de antemano que la vida es uno mismo y uno mismo
 los demás.
 Quien no se reconozca en el amor lo hará en la muerte,
 en el amor que nos permite vernos en los otros con los ojos
 de Dios.

IV

Bajo este sol de cobre que ilumina y confiere
 el don de eternidad a toda transacción de compraventa,
 al acarreo y al acopio,
 atestigüas la costumbre de la piedad y la dureza.

Testigo de una sombra, una penumbra que avanza, el día
enfermo y mendigo que va dejando
sus harapos

en la relojería, las vitrinas, y la verdosa luz del
pequeño acuario
donde el instante se alimenta de los minúsculos misterios
de la muerte que se confunde con el sueño.

Dichosa la inocencia que ha sido desdichada en su dominios.

Marca el dedo del sol sombras azules en las ventanas.

Canta el gallo de la creación: su chorro de agua disolviendo
sombras.

Con cántaros rojos viajan las mujeres al río, a envolver
sus congojas en

el pañuelo que arrojan a las aguas.

¿Podrá el olvido, el olvido que todo lo alcanza quedarse
con todo esto?

el olvido parecido a la muerte, a la muerte antes de nacer.

V

Todo lo ha baboseado la grosera boca de tu pluma,
Oh secretario, levantador de actas en las penumbras del
milenio.

Cada tiempo posee su sentido, el mundo está completo,
Aun que no estés en él.

Fuego coges incluso de las miradas frías, tu que acumulas
nombres

y rostros
como amuletos contra futuras desgracias.

De buena gana cavarías una tumba para esta comarca, sus
fundadores y benefactores;

salvarías únicamente el río, el volcán, los pocos árboles que
crecieron y morirán contigo,

que envejeciste buscando en vano una patria
y sólo hallaste un albergue donde pasar la noche.

Lejos de la pandilla todo es danza y movimiento, la soledad
te aclama para que en ella despliegues tus dominios,

lejos muy lejos de la hermosa obediencia

de aquellos que en oscuras mansiones hacen llorar a los recién
nacidos.
Más allá de las frases grandilocuentes de la falsa emoción, se
aproximan sucesos que hasta aquí sólo habíamos percibido
débilmente.
No serán suficiente soberanía ni poder,
por eso, tal vez sin percibir donde se juntan pasado y futuro
alguien que no eres tu, te obliga a fijar esta pulgada de la
vida en su lugar,
mientras la noche, como el gato negro
alcanzado por las cenizas de la cocinera gorda,
huye despavorida
por el mismo sendero donde la muerte te observa entre flores
corruptas y bocanadas de olores putrefactos,
flancos hinchados y turgentes, frutas prohibidas
donde las babosas segregan su amarillenta saliva.
Apariciones furtivas, siluetas vagas, empleados insolentes de
poses desdeñosas,
viejos de paso incierto. La muerte que te exige apresurarte
a domar las serpientes con que escribes y dar cuenta
de todo aquello que en el mundo ha sucedido.

VI

No estás solo, nunca lo has estado, espíritus maliciosos
te vigilan, ellos pueblan la atmósfera y en una nube
te envuelven.
¿Dónde está la solución de esta continuidad?
¿Dónde la abertura a través de la cual se percibe el desastre?
El círculo está cerrado, aquí su ritmo central. Traduce esos
escritos de manera inteligible para aquellos seniles en plena
juventud,
sin someterlo al ruido.
Cuantos fracasos devienen de un pantalón arrugado. Cuanta
miseria y humillación por no llevar corbata.
¿Qué momento del tiempo es éste? ¿Qué día entre los días?
Todo progreso ha sido cancelado, sólo reina el vacío

y en el vacío la totalidad de la plena conciencia de lo efímero.

Un hombre joven de aire triunfal anuncia al mundo de los
corredores
y accionistas de las compañías de navegación
que el martes trece se produjo un alza en la city de London. Así
se forja el anillo de la poesía que fundirá la vida
y hará justicia a las mujeres desdentadas, a los ancianos
achacosos y a los niños odiosos,
y a las bellezas terribles que contemplo mientras abro
mi cuaderno y
lo salpico de café.

VII

Toda belleza regresa a su silencio, como el humo a su
alrededor se enroscan las palabras
las mismas palabras que serán lo único que nos sobrevivirán,
más allá de la elocuencia hecha de evasiones y viejas mentiras,
como esas que se adhieren
a la caparazón de las langostas o la brillante epidermis de las
frutas.

Vana es toda ambición e inútil todo esfuerzo.
Un hombre en una hamaca, el más sabio de todos aspira el
humo de su cigarrillo y contempla su ombligo.
Ante el asombro de tu mirada la superficie del mundo que
yacía arrugada,
lisa aparece de pronto; remotas provincias surgen de
las tinieblas, rutas cubiertas
de barro,
selvas enmarañadas, aves de rapiñas que se alimentan de
cadáveres hinchados, carroña y desperdicios.
Dominio espléndido de un niño atormentado por las moscas,
sobre las ruinas del progreso.
Inútil cada esfuerzo por definirnos. El temor nos obliga a
callar.
Hombres insectos entran en escena con sus violines, cantan,
aguardan y sus arcos se inclinan y
la alegría suena sus cuerdas de oro.

Por este instante pagamos caro: toda la eternidad.
Todas las muertes no son sino una sola muerte. El hacha debe
caer en pleno tronco: así la encina será abatida.
He aquí la pluma y el papel. La sal desesperada de la tinta,
La santa erudición de la ignorancia impía,
hoja muerta sobre su borde estrecho.
Me apresuro antes que anochezca o se apaguen mis ojos a
escribir esa historia sobre el niño que fusiló a su niñera
cuando tenía diez años,
y ahora redacta una novela familiar.

O sobre esa mujer, allí sentada, de cuyas piernas brotó aquel
fuego, que arrasó con todo un regimiento
y que ahora ha adoptado a un mancebo al cual cree el Mesías.
En breves segundos, desciframos los jeroglíficos escritos
en los rostros de las gentes.
De pronto al cerrar el periódico el mundo se ilumina y el
esplendor ordena el caos.
Pasa una nube en el cielo, con una mano apartas de tus ojos la
terrible fealdad,
y encuentras perfección en el desierto, mientras oyes una gota
caer sobre el mantel
y en medio de la atmósfera ambigua una inmensa polilla
devastando la enorme solidez de los muebles antiguos.
Ha caído la gota del tiempo durante todo el día, sobre tu
cabeza ha caído también.
Ya no hay tiempo. No irás a Brujas ni a Praga, ni aguardarás
en Vía Appia a Laura o Beatriz.
Como en un tren en marcha huyen de tus ojos,
árboles y casas.

Ya no hay hilo de intriga, ni explicación lógica.
La más profunda forma del olvido es la memoria, la memoria
que nos hace volver otra vez al deseo de entonar el mismo
canto,
y perdernos en el clamor de las voces humanas arrastradas
por la ola insensata de la pasión y el deseo.
Ya no escuchas el canto del ruseñor en medio de la guerra y
las migraciones,
ya no escuchas esas voces de protesta, ni conjuras la presencia
del opositor,

caminas sin cesar, a pleno viento, sin dejar huellas, ningún
dosel te cubre,
ningún heraldo espera tu llegada, incertidumbre es origen de
todo pensamiento
la certidumbre su fin, la apariencia es la esencia y la realidad
su máscara.
Por un mundo nuevo caminas, por un mundo virgen, libre de
toda huella,
de todo principio y todo fin.

VERBA (1998)

Lo que debes recordar es lo desconocido
UPANISHAD JAIMINIYA

OFICIO

Sólo dos cosas sabía hacer: perfeccionar la cenicienta pirámide
del cigarrillo,
y alcanzar la otra orilla del café,
a solas siempre a solas hablaba de la república, el resto era
disfraz calculado en soledad.
Siempre estaba detrás de las palabras.
Tiempo no tuvo, el tiempo se le fue en detener el tiempo,
domeñar la furia de las cosas
y sobre todo desdeñar el esplendor que ciega.

LA MOSCA

Llegó el tiempo que te volvió un extraño. Extraño como el sol
de extrema dura.
Lejano, inerme, como el otro, aquel hermano,
en un café y en otro siglo,
alisando la angustia con crispada mano, la misma que en
su frente
a intervalos espantaba la contagiosa mosca de la muerte.

PALABRAS

Las palabras doradas por el sol cuelgan del árbol del otoño.
No tardarán, cosa de tiempo, en caer a tus pies:
frutas de silencioso linaje.
Oyélas, escúchalas, cómo las pisa el viento, igual que un hilo
de oro violando el sexo de una aguja,
igual brisa que afila su lengua en un desfiladero.
Oyélas, como oír llover, lluvia de nuestros dominios:
aivull, aivull, aivull.

BIG BANG

Universo en expansión, la explosión inicial no ha terminado.
Todo desplazamiento va hacia el rojo.
Así siguiendo el curso la imaginación se expande en el eco
invisible y mudo del orgasmo original.
¿Dónde termina el espacio? ¿Cuándo comienza el tiempo?
Sentido y no sentido, el sin sentido: extracción de la piedra
del caos original.
En este espacio danzan enanas blancas y negras; vacíos
gigantescos,
espumosos alvéolos, galaxias de palabras lanzadas al azar.
Aquello que observamos nos observa, la historia del iris
secretamente cifrada en lo que fue:
el apagón final, el abajo el telón del universo que estalla hasta
extenuarse nuevamente en su creación,
el universo que se encierra en si mismo: rayo fósil, eterno
como la ausencia de toda fundación.

¿QUÉ PASÓ?

No pasa nada, bufa el tren de la ausencia lejano, grazna en el lodazal
el cisne de Leda que tanto entonteciera al maestro Rubén.

Teje la araña su ámbito secreto en un rincón iluminado por su luz. Negra.

No pasa nada, el mundo gira como siempre,
una brisa convertida en huracán arranca de raíz la vida y la
sumerge en el pantano de la muerte.

Lejos se escuchan lamentos y blasfemias:
la tragedia ha fundado un silencio que no se oía desde
los tiempos del diluvio:
con la ayuda del cielo y las aguas revueltas los mercaderes
aumentaron sus ganancias.

¿Quién defiende a las víctimas del huracán corrupto?
No pasa nada. Una abeja, la que picó a Noé, se introduce de
nuevo en su panal;
ha quedado preñada la rosa de Castilla ante los forcejeos del
lujurioso colibrí.

La sigilosa sospecha camina de puntillas al otro lado de la calle
donde murió Inocencia,
víctima de los dioses del volante.

No pasa nada. Un grito, una explosión. El mundo gira, sigue
girando.

Y no pasa nada. Oh grandísima nada.

CORONACIÓN DE LA CINCUYA

Fragancias, qué escándalo en el patio. Ha caído del cielo un
meteorito de una galaxia extinguida.
Especie anonácea, anonadada y anodina. Sol que hace arder la
memoria.

Perfume del origen del deseo: razón de la caída. Infancia de
la fiesta y fiesta de la infancia.

Planeta del escándalo fragante, tú, nuestra gran delicia, venida a

subvertir y coronar con tu llama frutal la mesa rica de los
dioses pobres.
Sabor de amante en la mujer, hembra cautiva en su aroma y
en su esencia,
boca que te ha mordido no morderá la muerte... incorruptible
y corrupta, terrible y disoluta.
Más que la luz cautiva en una lámpara, todo el oro se humilla
en tu carnalidad
y nos habla de esa luz que no se extingue,
la luz de tu sabor allí en el sitio más hondo y lujurioso de tu
desgarradura.
Oh la dulce y más dulce entre más putrefacta.

SOBRE UN POEMA DE FERNÁNDEZ DE ANDRADE

Si el tiempo ha de morir en nuestros brazos
en este tiempo moribundo
se cumpla al fin el fin del mundo
y en nosotros perduren sus pedazos.